

"Volveré. Volveré con Mis principios si España es sanable"

(Del Testamento político de Carlos VII)

# ¡Volveré!

DIOS, PATRIA, REY

Portavoz de las Juventudes Carlistas

Año I

Madrid, 10 de marzo de 1948

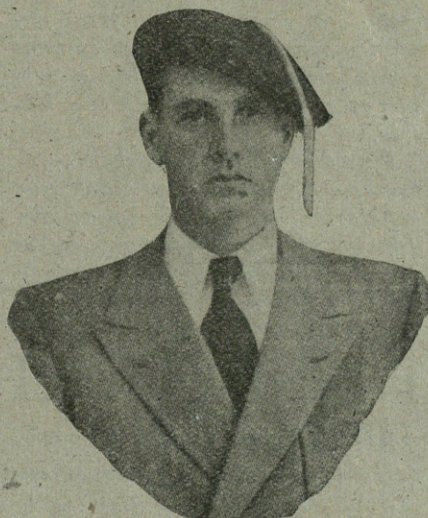
Núm. 1

## A las Juventudes de España

La presencia heroica de nuestra juventud no acabó con los laureles ganados a través de una Cruzada victoriosa; el heroísmo anónimo de entonces ha de proyectarse en el futuro de España y cumplir la indeclinable misión de perpetuar el sentido y los valores de aquella gesta, cuyo cauce abrieron espadas invictas. Hemos de permanecer en constante vigilia de voluntades para que esta Patria nuestra vuelva a ser eje espiritual del mundo y para que el olvido y la cobardía no malogren el sacrificio de sus Adelantados, de esas legiones innumerables de muertos con el ímpetu de esa inquietud en el corazón; sentir la vocación de esta empresa, apartando de nuestra senda a quienes no quieran entendernos.

Nuestra Monarquía representa el sentido universal de la historia de España y la Tradición es la roca firme en cuya entraña viven los principios inmutables de un orden auténticamente cristiano. Por ello y frente al caos, frente al desequilibrio de las conciencias, los egoísmos y aletargamientos, sentimos esta llamada y convocamos a la mejor juventud de España, a esa juventud que siente en su carne

la inquietud de estos momentos; nuestra voz se levanta por encima de los convencionalis-



S. M. el Rey Carlos VIII

**SEÑOR:**  
**Jóvenes, pero con el viejo concepto de la lealtad heredado de nuestros mayores, os declinamos:**  
**"¡Siempre estaremos al servicio de Vuestra Majestad!"**

Y «VOLVERÉ», que nace al calor de nuestras ansias y anhelos, cuyo reflejo es, inicia su vida bajo ese signo de servicio, en el que perseverará indomable y orgulloso, sin límite en el sacrificio y sin desfallecimiento en el ánimo, en defensa de la mayor gloria de España y de Vuestra Majestad.

mos para proclamar a todos los vientos que han sonado clarines de conquista y que hay un puesto de honor para

los leales bajo nuestras banderas.

A España la queremos así, bajo el trilema de *Dios, Patria y Rey*, recogiendo en este grito todo el sentido positivo de este trance histórico, de su auténtica soberanía y de su proyección espiritual más allá de nuestros cielos.

Si vibra en vosotros esa ambición; si vosotros, que sois la generación que ha de relevar los puestos de honor de una veteranía incansable, sentís que vuestro papel es solidario en esta responsabilidad; si habéis despertado al fin a la llamada imperiosa de quienes ya iniciaron esta formación en marcha, tenéis un lugar junto a nuestras antiguas glorias, para alistaros y renovarlas. Nuestro Rey Caudillo Carlos de Austria, encarna y entronca la Tradición en el futuro, y su Monarquía es el camino firme e irrenunciable para este renacer de España.

Si es así que en cada uno de vosotros hay un cruzado y vibra el nervio de la Raza, vendréis un día a nuestras filas como soldados y como héroes.

Así lo esperamos, y que Dios premie o demande vuestra aportación en esta coyuntura.

J. R. M.

Saludamos a todos nuestros correligionarios y lectores y les invitamos a colaborar en la lucha de ideales que comenzamos.



# HEROES ANONIMOS

Fueron tantos los que, a centenares de millares, cayeron por todos los campos de la Patria en defensa ardorosa de la Legitimidad de España en su triple esencia de Dios, Patria y Rey, que excede de las humanas posibilidades conservar la memoria de sus nombres para el mundo. Tan sólo allá en algún recoleto rincón de los breñales de Navarra, de los riscos del Maestrazgo o de la austera y parda planicie de Castilla, se recuerda y se venera el nombre del que dió su vida entre la legión heroica, innumerable e innominable. Salieron de sus casas, ignorados y humildes, para echarse al campo contra quienes se deshacían a España empujándola, debilitándola hasta lograr que, agotada y exhausta, yaciera en miserable yacija de intereses encontrados, de pasiones mezquinas, de ruindades y arterias, que postraron en inmundo estercolero a la que fué Madre de Mundos y Señora del Universo.

Pero si fueron héroes anónimos ante los hombres; si la incontable cantidad de los que entregaron sus vidas en holocausto de España, en las Cruzadas de la pasada centuria, nos impide recordar nominalmente a cada uno para ofrendarles nuestro presente, no lo son ante Dios ni ante la Historia. Sabe Aquél quiénes son los que, portando Su Sagrado Corazón en los estandartes y banderas y sobre sus pechos, derrocharon sus vidas defendiendo su Religión sacrosanta. Y a la Historia pasaron en virtud del mandato de aquel gran Rey de España que fué Carlos VII, no en cita personal, en mención individual, sino en la más alta y honorífica de las menciones. La que, por comprender a tantos, no puede designarlos por sus nombres y abarca por ello a todos en denominación sublime, insuperable e insuperada. Son los MARTIRES DE LA TRADICION. Mártires de Dios y por España. Los que, oponiendo su

pecho como valladar infranqueable a los avances de la revolución anticristiana y antiespañola, hicieron posible que España se salvara el 18 de julio de 1936. Sin su esfuerzo y sacrificio, sólo Dios sabe qué sería hoy de nuestra Patria. Fueron —Franco, el Caudillo, lo proclamó paladina y solemnemente— los predecesores, los precursores auténticos e indiscutibles de la Cruzada de Liberación. Esta representa la continuidad del justo sentir iniciado en Talavera de la Reina en octubre de 1833, cuyo pronunciamiento por Carlos V dió principio a la gesta increíble de las Guerras Carlistas. Es el mejor testimonio de la razón que asistía —y asiste— a aquellos iluminados, caballeros de la Legitimidad de su Patria y de su Rey, que dieron sus vidas nada más que por esto: por Dios y por España que se moría a chorros entre las manos de los que comenzaron rasgando codicilos y terminaron desgarrando a su Patria.

Predecesores y precursores han sido también los guías que señalaron, hace ciento catorce años, la ruta que habrían de emprender el 18 de julio, con la

misma boina en la cabeza, el mismo ardor en el corazón, idéntico anhelo en el alma e igual oración en los labios, los voluntarios de los Tercios de la poster Cruzada. Y también entre éstos han sido tantos, tan innumerables, los que han prodigado sus vidas en todas las cotas y en todas las llanuras de España, que tampoco podemos nombrarlos personalmente. Pero están allá, en lo Alto, formando en filas apretadas junto a las de los voluntarios de los Reales Ejércitos. Todos ellos constituyen el Ejército triunfante de los Mártires de la Tradición, de los Mártires de España, anónimo en su inmarcesible grandeza.

Nosotros, que ignoramos vuestros nombres; nosotros, españoles que, por serlo entrañablemente, seguimos el camino que vosotros emprendisteis, os decimos hoy, 10 de marzo, Fiesta de vuestra Conmemoración, serena la mente, alta y clara la mirada y firme y resuelto el corazón, lo que os decían vuestros Reyes, lo que nos dice la Ordenanza, lo que diremos a quienes nos hayan de suceder: «ANTE DIOS NUNCA SEREIS HEROES ANONIMOS».

A. E. B.

## INSTAURACION

Reconocida por todos los españoles la necesidad y conveniencia de reinstaurar en España la forma monárquica «tradicional», que continuamente propugnamos nosotros, nos corresponde igualmente a todos los que sentimos clavado hasta las entrañas el dardo de sus amores, cooperar activamente a que la instauración sea hecha en la persona que, además de pertenecerle por derecho indiscutible, nos ofrece total garantía de continuidad en la tradición y política española,

en mala hora interrumpidas por la rama usurpadora, y a las que se ha pretendido volver a partir del 18 de julio de 1936.

En esta ocasión, como en todas las pasadas y futuras, el Carlismo —tradicional y precursor a un tiempo— continúa en el puesto que siempre ocupó gloriosamente, agrupándose valiente y decidido en torno a la Bandera de la Tradición que enarbola con orgullo nuestro cristiano Rey Carlos de Austria.

S. L. N.

10 de Marzo.

Día de los Mártires de la Tradición

NO VIVIERON PARA SI MISMOS, SINO PARA SU PATRIA



# Preguntas que son esperanzas, y respuestas que son realidades

«¿Qué hace Don Carlos? ¿Qué piensa Don Carlos? ¿Cuándo habla Don Carlos?» Y las preguntas, multiplicadas y repetidas con porfía cariñosa por los amigos y con curiosidad benévola por los adversarios, nos llegan todos los días, formando un clamoreo que se eleva de millares de pechos extendidos por todos los ámbitos de la Península y de sus inmediaciones.

Ese clamor es, sin duda, la voz de un pueblo cuyo corazón palpita con ansiedad en un momento crucial de su historia.

«¿Qué hace Don Carlos? ¿Qué piensa Don Carlos? ¿Cuándo habla Don Carlos?» A los poderes débiles y caducos nadie les pregunta qué piensan, porque no suelen pensar; ni qué hacen, porque no suelen hacer nada; ni siquiera qué hablan, porque los hechos afortunados, que debieran hablar por ellos, están mudos. Son los poderes fuertes, los que pueden convertir en realidad una esperanza, los que son asediados por preguntas, fórmulas de deseos que a su vez lo son de amores.

La necesidad social honda y legítima es el gran pedestal del poder; porque la voluntad, por

general que sea, cuando no la expresa, es una onda que pasa sobre otra onda tan fugaz como ella.

España tiene hambre de orden y sed de gloria, y sólo una autoridad robusta que penetre con sus raíces hasta las entrañas de la Historia y el subsuelo de una raza, puede darle el pan del orden y el vino generoso de la gloria.

Al que hace ya mucho con ir viviendo, nadie le pide que extienda una vida que la falta, para amparar contra fuerzas adversas la vida de los demás.

Pero ¿cuáles son los poderes fuertes y los débiles? Para saberlo, lo mejor es no mirarlos a ellos mismos, sino a lo que los rodea. Y un poder puede estar rodeado por el amor, por el odio, por el silencio y por la curiosidad.

Cuando le cerca el amor es invencible, porque no se ha inventado todavía el procedimiento de asaltar murallas de corazones. Son de fuego, y se defienden solas con sus llamas contra todos los fuegos enemigos.

Un poder que sitia el odio es un sentenciado a muerte que se despidе desde un cadalso. Si el silencio le pone cerco, y no es la pausa espiritual de un pueblo que se recoge para preguntar o

para responder, entonces es un sarcófago abierto que aguarda a un cadáver que llega.

Un poder asediado por la curiosidad, que le circunda con sus interrogaciones, es cuando menos una esperanza, y la esperanza va siempre a la vanguardia del amor. Por eso la terrible inscripción dantesca señala en la pérdida de la esperanza la frontera del reino donde no se ama.

Esta es la historia de todos los poderes que salen y de todos los poderes que se ponen en los horizontes políticos.

«¿Qué hace Don Carlos? ¿Qué piensa Don Carlos? ¿Cuándo habla Don Carlos?» Juntad ahora estas preguntas en una sola que las sinteticе, y encontraréis como residuo un deseo; miradla en donde nace, y encontraréis el amor; observadla en donde quiere terminar, y encontraréis la esperanza.

La larga y porfiada interrogación que sale de España, es un amor precedido de una esperanza que llega hasta Don Carlos.

¿Y esto qué indica? Dos cosas: un poder que se pone donde las preguntas salen y un poder que despunta como una aurora donde las preguntas llegan. M.

## JUSTICIA TOTAL

En la Comunión Tradicionalista, donde la lealtad a los principios y a las personas que los encarnan es la característica más acusada, no cupieron nunca por más tiempo del que tardaran en conocerla los hombres que husmeando en todos los ambientes políticos buscaron su medro particular. Aquí no han podido acomodarse quienes no se abrazaron a la cruz del sacrificio, haciendo culto de la dignidad.

Y, sin embargo, nadie como nosotros se siente satisfecho. Fieles al mandato de nuestros mártires, si no logramos hacer fortuna, conservamos inmaculada nuestra bandera; si no escalamos las alturas del Poder, ni fuimos personajes en la farsa demoliberal, tuvimos personalidad, y, en todos los terrenos, merecimos el respeto o lo supimos imponer virilmente.

Y cuando España sufrió las consecuencias últimas de aquellas premisas que pretendimos herir en su matriz, fuimos los carlistas los que nos colocamos en vanguardia y, con todos los

patriotas dignos de haber nacido en esta bendita tierra, salvamos el abismo en que pensaron se hundiese aquellos que fueron y son nuestros seculares enemigos. No dejamos en la empresa motivos para el rencor, aunque la justicia quedara servida, sino huellas de heroísmo y torrentes de sangre joven.

Leales a nuestra Fe cristiana, a nuestros principios y a nuestra moral, no tuvimos, ni tenemos, ni queremos parte en los botines deshonestos de ayer ni de hoy. Nuestras apetencias no son nuestros apetitos.

Pero, ¡cuidado! Que nadie crea que el vigor del Carlismo no existe cualitativa y cuantitativamente como fuerza decisiva. Sólo estará en lo cierto quien sepa de nuestra capacidad de resignación cuando altas razones obligan al silencio, la quietud y la espera. Lo que nos falta de recursos fáciles para la propaganda, la ausencia como convidados en los mesones de los advenedizos, no son cosas que impidan la acción ejemplar y la limpieza de conducta que en un instante si-

túe tras de nosotros a quienes, cada día en más crecido número, esperan nuestra consigna. Los que, dueños de sí, olvidan desdeños y advierten borrosas las páginas de su historia, escritas por quienes de ella carecen, conocen a muchos desaprensivos que algún día habrán de rendir cuentas de su cínica conducta.

Nuestros mártires nos dan cada día el alerta! y permanecemos vigilantes.

Cuando la lógica y la ética escuchan la voz imperiosa de la justicia, el Carlismo seguirá demostrando que camina, con España, por las rutas de la grandeza, hacia la realización de la Justicia Social y de la Justicia Total.

En ese camino hemos trazado una raya. El que con nosotros quiera pasarla, sepa que puede ser elevado en la cruz del sacrificio; nunca *con nosotros* satisfacer ilegítimas aspiraciones personales. Las nuestras son merecer que nos honren nuestros hijos glorificando a España y el buen juicio de Dios, que es lo que más importa. CH.



# ¡VOLVERÉ!

1876. 28 febrero. El Pirineo navarro se ha cubierto con un manto de niebla. Se ha cubierto en señal de dolor. El Rey Carlos, el de la barba bellida, el del majestuoso porte, el de figura legendaria, cabalga sobre blanco alazán. Tras él, sus voluntarios, los cruzados del siglo XIX, los defensores tenaces de las puras esencias patrias. Los que no quieren transigir con la anti-España, asentada en el Alcázar regio, mientras el turno de los partidos, en estúpido y trágico movimiento pendular, marca, inexorable, las horas que conducen a España a su lecho de muerte. El Rey Carlos, sin conocer la derrota militar, vencido por intrigas y traiciones, se dispone a trasponer el puente de Arneguy, en Valcarlos. Erguido, sereno en su tristeza, grande en el inmenso dolor que atenaza su corazón, tiende su mirada hacia España, la Patria doliente y aun ciega que no ha acertado a ver el camino de su honor, de su integridad, de su grandeza. En este instante solemne, de lo más hondo del corazón del Rey arranca un grito: «¡Volveré!»... Y los voluntarios rompen los fu-

haya muerto. Volveré con mis principios...» Carlos VII, el Rey, nos lega desde el destierro un tesoro inapreciable, inestimable: su testamento político. Y repite, con todo el ardor de su amor

Rey, luchan por Dios y por España. «Subleaos con el Ejército al grito de ¡Viva España!» Así lo ordena el Rey. Y truena el cañón, restalla el fusil. Y San Marcial, Somosierra, Peña de Lemona, Bilbao (¡por fin, Bilbao!), Brunete, Belchite, Teruel, la batalla de Aragón (la batalla de Franco), el Ebro, Cataluña, son testigos perdurables de las míticas hazañas de los Requetés, de los voluntarios carlistas. Un Capitán insigne les conduce a la victoria. El Capitán, ganada en asombrosa lid la pugna, ha de ganar la paz. El Caudillo empuña el timón de la nave — ¡pobre nave cuarteada! — del Estado español, y en medio de los embates formidables de la más espantosa tempestad bélica que jamás sacudiera al mundo, la conduce, con mano firme, con visión clara, a puerto seguro: a la Tradición.

Y Don Carlos vuelve. Vuelve con sus principios. Vuelve con su bandera, que es la de Lepanto, la que no se arriará jamás. Vuelve reencarnado en otro Don Carlos, su nieto, el Rey que España necesita. El Rey Don Carlos, con un signo más en su de-



Carlos VII

siles, todavía calientes con las glorias de Lácara y de Montejuerra, porque presienten que, entregados a Francia, podrían servir, setenta años más tarde, para armar a las Brigadas internacionales. Y el Rey Carlos, más imponente que nunca en su majestad, atraviesa la frontera sin arriar su bandera, que es la de España, seguido de sus voluntarios, caballeros del Ideal.

1897. «¡Volveré!, os dije un día, memorable entre los más memorables de mi vida. Si España es sanable, a ella volveré, aunque

a España, la frase de Valcarlos. Seguro, cierto, de que, como Ruy Díaz redivivo, ganará batallas después de muerto.

1936. 18 de julio. Otra vez los campos de España florecen de amapolas. Otra vez la sangre, roja como las boinas con que se cubren, riega, anega casi, el suelo español. Otra vez los voluntarios carlistas, obedeciendo al

nominación cronológica, vuelve a España. Don Carlos VIII, estampa rediviva del Príncipe legendario, reina ya en España, aun sin haber ocupado el Trono que de derecho le corresponde. Y reina con el mejor, el más óptimo de los reinados, pues que reina sobre los corazones de todos los españoles. Y España espera el instante en que, con el alma en los labios y el corazón en el cielo, vuelva a gritar, unánime: ¡Viva el Rey Don Carlos!

¡España es sanable. Don Carlos ha vuelto. A. E. B.

## Español:

PRECIO

50 cts.

La Monarquía Tradicional, cuya restauración iniciamos el 18 de julio del 36, nos reclama y nos acucia en la actual coyuntura histórica para que su defensa que, apenas iniciada hemos ido olvidando, sea en adelante nuestra única norma y fin.

Así pensamos en verdadero español y así piensa nuestro glorioso Caudillo  
CARLOS DE AUSTRIA